

El museo Pablo Serrano en la encrucijada.

Eugenio Mateo Otto



Parfraseando a mi querido Juan Domínguez Lasierra: En esta ciudad de arquitectura aburrida y gris, de ladrillo cara vista, la irrupción en el dédalo callejero de un edificio singular como lo es el Museo Pablo Serrano, a la vez sede del Instituto Aragonés de Arte y Cultura Contemporáneos, no puede dejar de ser un acontecimiento ciudadano de primer nivel —habida cuenta de la expectación que desde el inicio de su construcción despertó en los zaragozanos aficionados o no al arte—, por diversas causas. La primera y más importante, el polémico diseño, obra del arquitecto aragonés José Manuel Pérez Latorre. Por otro lado, la dilación de las obras y el retraso acumulado así como los abultados desfases presupuestarios. En definitiva, una polémica que generó gran interés, tanto social como cultural que añade nuevos paréntesis a la vista y visita

del neonato museo, debido a las múltiples interpretaciones que cada persona puede hacerse en un paseo por sus salas e instalaciones.

“ La impresión que se obtiene al cruzar sus puertas es la de derroche; derroche de superficie en sus tres grandes salas expositivas. ”

Mantengo mi valoración arquitectónica como positiva, con todas las reservas sobre su ubicación en la que falta la perspectiva necesaria en este tipo de arquitectura que pretende, además de continente, ser una obra de arte en sí misma. Pero la impresión que se obtiene al cruzar sus puertas es la de derroche; derroche de

superficie en sus tres grandes salas expositivas en las que la sensación de magnitud no se corresponde con la proporción de su contenido, esto es, de las obras expuestas. El minimalismo es tan abrumador que aísla, más que integra, al espectador del propio vínculo y razón de ser de todo museo, que no es otro que la comunión visual entre el mensaje del artista y el receptor a quien va destinado. Aquí, en mi opinión, el espacio se queda desnudo y deja al visitante indefenso ante el vacío.

No seré yo quien defienda la aglomeración de obras expuestas; agradezco que en una exposición las obras no compitan entre sí. Deben “respirar”; pero tanto aire mata la devoción necesaria en la liturgia de la contemplación. No parece haber dudas en que la urgencia por abrir fuera la responsable de la primera exposición, pero todos esperábamos poder contemplar

a nuestros grandes maestros. Se perdió la mejor oportunidad de que los aragoneses nos sintiéramos orgullosos de nuestros genios; pero sus obras dormitan en los almacenes del museo, ocultas bajo llave. Hubiera sido la mejor estrategia para hacer olvidar a los ciudadanos el desmesurado coste final, convirtiéndolos en cómplices necesarios, permitiendo la actitud de orgullo de ser un poco los propietarios morales por aquello de los impuestos.

Hace ya un año, tiempo transcurrido desde su inauguración, que el museo ha sido y es motivo de controversia. Su irregular trayectoria sirvió más para debates que para la notoriedad expositiva, sujeta indefectiblemente a los presupuestos; y salvo por su silueta vertical —también por la terraza—, el interior, el museo real, en el que tienen lugar las exposiciones, es un

gran desconocido; aunque las cifras de visitantes parecen tener diversas interpretaciones.

Queda la sensación de fiasco. El de una gigantesca tramoya por la que la *Nada* deambula con zapatos demasiado grandes. La soberbia de querer sin poder. Pirámide sin faraón. El maldito legado de las apariencias.

Desgraciadamente, es fácil vaticinar que los tiempos por venir no ayudaran precisamente a la viabilidad de estos megaproyectos que, por otra parte, salvo honrosas excepciones, han demostrado sobradamente que son inviables. Con los recortes recientes y los venideros, podemos imaginar un triste destino a esta mole de arriesgadas formas que un día soñó con ser Museo Nacional.